

que Horacio, si es que este calificativo puede aplicarse a alguno de los Talbert. Dejose guiar por Beatriz para admirar como era debido al desconocido y luego volvió con su sobrina al lado de Horacio cuyas sospechas, después de semejante manifestación de debilidad, fueron en aumento, cambiándose en certidumbre.

—¿Me le dejaréis guardar?—replicó Beatriz.—Estoy segura de que sí.

Horacio no respondió nada a la petición. Con la solemnidad de costumbre hicieron los dos hermanos sus preparativos para levantar la sesión y Beatriz se encaminó a su cuarto en tanto que Horacio murmuraba:—Es muy vehemente esa joven.

Herberto no contestó y mientras que se metía en la cama, Horacio se dijo que Herberto sabía todo lo relativo al niño, y que por nada del mundo daría a entender a su hermano que lo había adivinado. Los negocios particulares de cada uno eran de cuenta del otro, y siendo él quien emitió y sostuvo este pensamiento, hallábase obligado a continuar sosteniéndole. Esta obligación era tanto más imperiosa en él, cuanto que su ruptura, que duró seis años, ocurrió porque su hermano infringió esta regla.

V.

**En el que Mordle hace una promesa temeraria**

Al llegar el día siguiente los hermanos Talbert hicieron una cosa excepcional; abrieron todas las cartas que les llevó el correo antes de la hora del desayuno, cuando acostumbraban a hacerlo al tomar su segunda taza de té, teniendo para esto, como para todo lo demás, un momento preciso, así como a cada objeto le habían marcado su sitio. Tan grande fué su ansiedad para hallar una explicación, que decidieron no esperar ni un minuto más. Encontraron invitaciones a dos comidas, el recibo de dos pagos hechos por el correo anterior y circulares, prospectos y hasta

cartas pidiendo limosna, pero ni una palabra referente al niño.

Llevaron la tetera y Herberto se cuidó de hacer el té, porque con arreglo a lo convenido sobre la división del trabajo y de los honores, el hermano más pequeño presidía la mesa durante el desayuno. No tardó mucho en comparecer Beatriz llevando el niño, en brazos, habiéndole lavado, vestido y peinado, separándole el pelo de la frente, y de este modo le presentó en la mesa fresco cual una rosa de junio. Sentóle a su lado poniéndole a su altura, valiéndose de varias almohadas, y luego pidió pan y leche para el chiquitín.

Los Talbert no hicieron ninguna objeción, por más que creyesen que el puesto del niño estaba en la cocina en la mesa de los criados. Deseaban verle a la luz del día, y con ayuda de sus lentes examinaron curiosamente al pequeño intruso. Hasta el mismo Horacio hubo de inclinar la cabeza ante la belleza del niño y su actitud confiada, mientras que Herberto se unía a Beatriz para distraer y acariciar al chiquitín que parecía hallarse muy satisfecho en su nueva morada. Es una cosa verdaderamente triste el ver con qué facilidad olvida un niño a su madre. Suele llorar porque tiene hambre o frío, mas no porque eche de menos la ausencia del sér que concentró en él todo su cariño. En aquellas circunstancias disculpóse al niño, tan cruelmente abandonado, por soportar lo mejor posible el cambio en su existencia y reír alegremente cuando a ello le invitaban. Otros niños quizás no tendrían tan buenas razones para quedar absueltos del pecado de indiferencia o ingratitud. Beatriz se informó con mucho interés si había llegado alguna noticia y no dijo una sola palabra que recordase sus deseos y observó que el alegre y atrevido chiquitín divertía e interesaba a sus tíos y juzgó, con la diplomacia natural a su sexo, que valía más que dejase madurar su proyecto. Obedeciendo a este plan, en cuanto terminó el desayuno retiróse con él y pasó el resto del día jugando y riendo con él, y al verla, dijérase que encontró algo que hizo que su vida tuviese interés y, a la verdad, bien podía decirse que aquella joven necesitaba algo que la distrajese o despertase.

Al llegar a los veintidós años presentaba un aspecto muy distinto del de la jovencita que arrojara el guante a

su madrastra, sin fijarse en las deplorables consecuencias de aquel actor, y su aire tranquilo y sus modales reservados—que tanto agradaban a los Talbert—no parecían naturales en una joven de su edad, y además, hermosa, rica y noble. Porque, en realidad, Beatriz Clausón era hermosa, y los colores que animaban la palidez mate de su rostro encantador, debían tener más atractivo para un hombre de gusto que todas las rosas de la tierra. Su pelo oscuro formaba una ondulosa masa que coronaba su frente clásica, y sus ojos eran grises, pero de un gris tan oscuro que a muchas personas les parecían negros, el rostro oval, y sus rasgos todos de una perfecta regularidad. En cuanto a los labios, eran demasiado gruesos y rojos para que contrastasen con la apatía que revelaba la fisonomía.

Beatriz era de hecho la edición femenina corregida y aumentada de sus tíos los Talbert, presentándose en ella los caracteres que en éstos tenían alguna o bastante exageración, reducidos a sus justas proporciones. Los rostros de los dos hermanos eran de un óvalo desmesurado, el de Beatriz tenía sus proporciones naturales; sus narices rectas y bastante largas, la de la joven recta y no excedía de las dimensiones regulares. Lo mismo sucedía con la estatura que, en los hermanos, era demasiado elevada.

En resumen, que la apariencia física de Beatriz probaba hasta qué extremo fué proporcionada la unión de sir Maingay con la hija del anciano Talbert. La primera lady Clausón parecía una falsificación de sus hermanos, y sir Maingay era bastante rechoncho de cuerpo y las imperfecciones que destruyeron la armonía física de sus padres reaparecieron en Beatriz como otras tantas perfecciones. Aparte de esto, poseía un aire distinguido de que tanto se vanagloriaban los Talbert con sobrada justicia, pues tenían la satisfacción de decir que lo había heredado de la familia Talbert, porque su padre el baronet poseía, cual suele sucederles a muchos individuos de la nobleza, un aspecto de los más vulgares. Observad, si no, lo que sucede de diez veces nueve en un baile, por ejemplo, que si preguntáis los nombres de los que os llaman la atención por su apariencia distinguida, os contestarán que pertenecen a familias oscuras y desconocidas. Jamás hago preguntas acerca de ese punto, porque es muy penoso descubrir que un hombre de orgullosa apariencia que sonríe con tanta condes-

cendencia es un señor Smith, mientras que el personaje de aspecto vulgar que está a su lado, es lord X o el duque B. Esto francamente destruye el ideal que uno se formó acerca de la aristocracia. Beatriz tenía una apariencia agradable, además de eso que los necios suelen llamar aire de raza, y sus tíos la apreciaban muchísimo por este concepto y porque se lo habían transmitido con la sangre de sus venas.

La mañana de que nos ocupamos descuidó todo, libros, música y pintura para jugar con su muñeco viviente. Era un sábado y los dos hermanos que hacían las compras los sábados, se habían marchado a Blacktown para comprar té, café y algunos comestibles. Antes de emprender el viaje, Herberto fué a preguntar a Beatriz si tenía que hacerle algún encargo, y la encontró con el pelo tendido y casi regañando con el chiquitín. Los miró con gran contento y se marchó a las guardillas, de donde bajó, después de pasado un rato en pesquisas, cargado con algunos juguetes viejísimos que hacía treinta y cinco años hicieran las delicias de los dos hermanos. Beatriz le dió las gracias por su buen pensamiento. Cuando pasadas algunas horas volvieron los dos hermanos con un coche lleno de té, café, jabón, azúcar, de todo, en fin, lo que se necesita para que marche bien la administración de una casa, encontraron aún a Beatriz entretenida con su amigo y no tuvieron tiempo para hablar con ella.

El sábado era uno de los días más ocupados para que los Talbert pudiesen pensar en otra cosa más que en los cuidados de la casa, y más por haber empleado un tiempo precioso informándose en la estación de Blacktown, y no podían perder ni un minuto, tanto que habiéndose presentado a eso de las cuatro Mordle en la quinta, mandaron a Whittaker para decirle que les dispensase y dejaron a Beatriz el cuidado de recibirle.

Cuando el reverendo Silvano Mordle daba gracias al Señor por los dones que éste le había otorgado, exceptuaba su apellido. Era, así al menos lo decía, un apellido terrible y más terrible aún para llevado por un clergyman, ¡un apellido que provocaba la risa cuando no el desprecio! Del mismo modo que un Howard, un Talbot o un Montmorcency se creen obligados a elevarse para mostrarse dignos de los grandes apellidos que llevan, Mordle decía que le

convenía echarse fuera del suyo, de una significación tan poco venturosa (1). Para contrarrestar siniestros efectos, creía que estaba obligado a mostrarse alegre aun en aquellas circunstancias en que más justificado parecía un aire lúgubre; a esto debíase el que considerase su nombre como una verdadera traba a su profesión. El don de que todo joven clergyman cree estar dotado, y que hace pueda pronunciar elocuentes sermones de arrebatadora elocuencia, desaparecía en él por el solo hecho de apellidarse Mordle.

En un siglo pervertido en que los retruécanos y los equívocos no se consideran como un signo de la depravación social, Mordle imaginó que una sola lágrima, que una vacilación de la voz en un sermón patético, le serían funestas. La menor tendencia lacrimosa en las palabras o en los ademanes ofrecían una tentación demasiado fuerte a nuestra flaca naturaleza humana, y a despecho de todas las buenas intenciones, la palabra *Uorón* acudiría por sí sola a los labios.

Un apellido, lo mismo que la piel blanca o negra, no son cosas que se pueden elegir, pero si el ministro convenía en que el apellido Mordle, por lo que tenía de lacrimoso, era una desgracia de nacimiento, y, por tanto, inevitable, no le sucedía lo mismo con la unión del nombre «Silvano», que consideró siempre como un crimen de los más negros, y maldecía con toda su alma a los padrinos que añadieron a su apellido nombre tan soso. Con objeto de atenuar el alcance del apellido, mostrábase siempre alegre y animado en sus modales. El tiempo no era nunca ni demasiado caluroso, frío, soleado o ventoso para Silvano Mordle, y hasta sus sermones resultaban demasiado alegres, formándose de una serie de frases cortas e incisivas, que se podía decir equivalían a otros tantos disparos de fuegos artificiales. Dijérase que deseaba herir a sus oyentes con repetidos golpes para introducir a viva fuerza en los más recalcitrantes pecadores la convicción y la obediencia. Eran, en una palabra, exhortaciones bruscas, violentas y muy apropiadas a las necesidades de los feligreses más pobres, y sus oraciones fúnebres por sí solas, bastaban para dar pasto a la chacota. En semejantes ocasiones necesitaba prestar doble atención para que no resultasen

(1) *Mordle* significa *Uorón*.

confusiones entre su nombre y sus modales, y de tal manera lo conseguía que, con mucha frecuencia, sus discursos necrológicos no satisfacían ni a la familia ni a los desconsolados amigos. Pero la oración fúnebre sólo se hacía para los muertos de las familias en buena posición, y Oakbury es un pueblo muy sano y de escasa mortalidad, y cada vez que ocurría un incidente de estos, llamaban al rector para que tomase la palabra. Gracias a esto salía Mordle casi siempre bastante bien de su apuro.

Era un hombre de unos treinta años, de buen aspecto, muy popular entre sus feligreses y que no desdénaba tomar parte en los goces de este mundo. Desempeñaba las funciones de ministro, y las tres cuartas partes de las del rector a cambio de ciento veinte libras. Felizmente para él, estaba dotado de constitución robusta y poseía una pequeña fortuna personal.

Aquella tarde Mordle no consideró como una falta de atención la ausencia de los Talbert, a los que contestó que no se molestasen, pues se consideraba muy satisfecho al ver a la señorita Clausón. Esto no lo dijo, pero lo pensó todo el tiempo posible. Informóse de si habían llegado algunas noticias relativas a la madre del niño, y después se entregó a esa serie de pantomimas variadas que las personas mayores se figuran, con más o menos razón, que deben gustar mucho a los niños. Observando de qué modo el niño se había encariñado con Beatriz, la felicitó por su rápida conquista, cumplimiento bajo el cual hubiese podido descubrir, por poco que se hubiese dignado fijarse, una significación más profunda. Según manifestó el reverendo habría ido antes a enterarse de lo ocurrido, pero no pudo hacerlo por haber tenido que asistir a un entierro. Aludió a la triste razón que le había entretenido con el mismo tono alegre que otros emplean para decir que han estado en una boda y que se han divertido mucho bailando.

—¿Dónde están vuestros tíos?—preguntó Mordle.

—Con el ama de gobierno—contestó con mucha gravedad Beatriz.

—Como es natural, muy atareados por ser sábado. Mal día para hacer visitas, ¿y de qué se ocupan ahora?

Mientras pronunciaba Mordle estas frases, ocurriósele a Beatriz levantar la cabeza y observó que en los ojos del

pastor brillaba un chispazo de alegría y no pudo menos de sonreírse.

—Y bien, ¿qué pasa?—preguntó el reverendo.

La joven se echó a reír y el pastor repitió la pregunta.

—¡Oh! ¡Están doblando la ropa blanca!

—Está muy bien; después de todo, es preciso que alguien la doble, pero me gustaría saber—añadió Mordle poniéndose pensativo,—si los lunes no hacen ellos mismos la colada.

—¡Oh! No llevan las cosas hasta ese extremo; mas, ¿visteis en la vida caprichos más singulares? Había oído hablar de esto, pero la realidad va mucho más allá de lo que imaginé. Lo primero que me llamó la atención fueron los trabajos de aguja de mi tío Horacio, y al día siguiente encontré al tío Herberto distribuyendo las provisiones a la cocinera. ¡Cosa más rara verles gobernar la casa mejor que muchísimas mujeres!

—¡Es muy raro! Podría contaros cosas asombrosas, señorita Clausón, y más que asombrosas, divertidas.

—¡No lo hagáis, por favor os lo pido! Son tan buenos y cariñosos para mí, que no quisiera jamás reírme de ellos.

—Son muy buenos, en efecto. Los estimo con todo mi corazón; ¿qué sería de los pobres de mi parroquia si no fuese por ellos? No lo sé, creo que si os dejan ocuparos en alguna cosa seréis muy feliz a su lado.

Beatriz se sonrió recordando con qué terror acogieron la idea de que podría ayudarles y a Mordle se le figuró que nunca había visto tan animada a Beatriz como aquel día, cuando contemplaba con infinita ternura al niño que se había cansado de jugar, y se acostó en sus rodillas.

—Sin embargo, no tengo nada que hacer—contestó Beatriz acariciando la cabecita del niño,—y en cambio necesito, señor Mordle, que me ayudéis en una cosa.

—A todo lo que queráis, sea lo que quiera y mandéis—respondió el clergyman con acento resuelto.

—Me gusta tanto este niño, que si sus padres no se presentan quisiera persuadir a mis tíos de que me lo dejasen tener a mi lado, ¡sería tan dichosa con él!

Y abrazó, besó y meció al chiquitín al decir esto. A la sazón comprendió Mordle hasta dónde podía llevarle su indiscreta contestación y vaciló.

—Estoy segura de que mi tío Herberto es de mi modo de parecer—añadió Beatriz.

—El señor Horacio Talbert no consentirá nunca.

—¿Qué mal hay en eso?

El reverendo Silvano se calló, no atreviéndose a decir delante de la joven que la presencia del niño en Hazlewood podía llegar a ser un inconveniente.

—¿No es cierto que me ayudaréis?—replicó Beatriz con acento suplicante y con una mirada bajo cuyo encanto se fundió su corazón como si fuese de cera. Con la debilidad propia del sexo fuerte al verse atacado así, prometió que lo haría para que quedase satisfecha, y Beatriz le dirigió una nueva mirada, esta vez de gratitud, cuyo recuerdo sólo pareció al pastor que habría servido para pagar servicios muchísimo más importantes que el prestado por él.

No tardó mucho rato en abandonar tan amable compañía despidiéndose de Beatriz en ese estado de ánimo propio del hombre hacia quien queda obligada una linda joven. No vió antes de marcharse ni a Horacio ni a Herberto, que tenían ocupación para un tiempo indefinido. El asunto que les ocupaba era muy grave. El número de piezas de ropa devueltas por la lavandera no estaba conforme con el cuaderno destinado a este uso, de modo que hubo necesidad de volver a empezar de nuevo la cuenta, tarea enojosa, pero inevitable, necesaria.

## VI

### El triunfo de Beatriz

Beatriz consiguió lo que se proponía, pero debió el éxito de su petición, a una curiosa combinación de sucesos, tanto como a sus súplicas. Consiguió hablar a solas a Herberto, —cosa difícil, pues no se podía ver separados a los Tabbies, —y después de mucho hablar y escuchar sus objeciones, consiguió que, si no accedía a sus deseos, al menos permaneciera neutral, no oponiéndose en el caso de que Horacio consintiese en que se quedase el niño. A decir verdad, hay

que confesar que Herberto no creyó nunca que su hermano fuese capaz de dar semejante consentimiento.

Mordle, el consejero de la familia, y Herberto iban a ponerse de parte de Beatriz o al menos a permanecer neutrales, quedando sólo Horacio como árbitro del destino del chiquitín, y Beatriz empleó toda su energía para hacerle ceder. Obrando con suma habilidad procuró que el niño no molestase a nadie, ni aun a los criados, y cuando sus tíos le veían, era con todas sus ventajas, teniendo muy buen cuidado de hacerle desaparecer cuando comprendía que empezaban a cansarse de él, y como resultado de esta habilidosa conducta logró que no causase ningún estropicio rompiendo platos o decapitando a alguna preciosa figurilla de Chelsea.

No tenían que reprocharle por su conducta, siendo indudable que les gustaba verle correr de un lado a otro, pareciendo encantador cómo se encaramaba por las piernas de Horacio, no inspirándole ningún temor aquellos señores tan graves. Debiase esto, sin duda, a que los niños tienen una doble vista de que carecen las personas mayores, y tal vez el niño adivinó que bajo los anchos pechos de los robustos Tabbies se ocultaban sentimientos cariñosos. Por tácito acuerdo dejaron sin resolver la cuestión durante más de una semana. Esto duró hasta que Beatriz, temiendo a la cuenta que alguna travesura infantil echase por tierra sus planes y creyendo que el niño había desempeñado a maravilla su papel para hacerse querer, entabló de nuevo la cuestión. Fiel a lo prometido, Herberto declaró desde luego que Horacio decidiría.

—¿Deseáis que se quede?—le preguntó Horacio.

—He prometido a Beatriz que decidiríais—contestó el más joven de los Talbert.

Esta respuesta acabó de convencer a Horacio de que su hermano sabía más de lo que aparentaba.

—Es una cosa impracticable, querida Beatriz—dijo, y su boca tembló porque Horacio comprendió que Beatriz había tomado a pechos conservar a su lado a su protegido.

—¿Por qué es impracticable? ¿Qué trastorno puede traer un niño a una casa como ésta? Yo sola me cuidaré de él.

Horacio se quedó indeciso y al cabo dijo:—Olvidáis tal

vez que la presencia de ese niño puede contribuir a que murmuren de nosotros.

—¡Murmurar! ¿Y por qué?

Horacio se puso muy encarnado. ¡Está visto que no se puede hablar con un joven sin experimentar el sentimiento de que, en general, la humanidad está muy corrompida!—¡Hum! ¡Hum!—tosió.—No debéis echar en olvido, querida Beatriz, que somos solteros, pero no de mucha edad, y que tan luego como se sepa que en esta casa hemos recogido un niño, enviado de una manera tan extraña, las sospechas y la maledicencia se despacharán a su gusto, ¿no opináis de la misma manera, Herberto?

—Mucho temo que así sea, querida Beatriz—contestó el interpelado con acento pesaroso.

Beatriz se irguió con fiereza y a los Talbert les agradaba verla hacer ese movimiento que producía siempre gran efecto.—Me parece—dijo—que con toda seguridad sois de esas personas que están por cima de todos los prejuicios de la sociedad y de su maledicencia.

A los dos les lisonjeaba el pensar que lo dicho por Beatriz era cierto; ¿qué les importaba las murmuraciones? Las virtudes domésticas y la regularidad propia de un reloj que imperaban en Hazlewood desafiaban la censura de los más rigoristas. A medida que se iba convenciendo de esta gran verdad, Horacio parecía más contento y respiraba con más satisfacción. Mas no tenía intención de ceder, y sentíase molestado por la conducta de Herberto, pues era evidente que éste deseaba que se quedase. Si era así, creyó Horacio que estaba en el caso de pedirlo y no dejar que Beatriz pleitease sola. En vista de esto, a lo único que accedió fué a esperar unos cuantos días. Durante este plazo ocurrió un incidente. En un principio empezaron a circular algunos rumores por las cercanías y tardaron por casualidad en llegar a oídos de los que eran objeto de ellos, a los de los Talbert, que supieron que se decía que ocultaban bajo su techo al hijo mayor de lord Hadwynn, de cuya misteriosa desaparición se habían ocupado todos los periódicos. Los rumores que circulaban respecto a este lord no le favorecían y se comprendía que su desgraciada esposa hubiese puesto fuera de su alcance a su hijo. Lady Hadwynn era conocida de los Talbert, y Horacio se afectó mucho cuando llegó la noticia a sus oídos y se enteró de

la versión que circulaba entre sus vecinos. Como sucede siempre, no faltó un alma piadosa que escribiese al marido, que se plantó como una furia en Hazlewood y toda su ira se convirtió en humo cuando le enseñaron al niño que no se parecía en nada a su hijo. Pensaron que después de sucedido esto las murmuraciones cesarían, pero los obstinados en hacer tragar un cuento monstruoso no descansaron hasta que lo redujeron a una forma que les permitió digerirlo. A pesar de las negaciones de los Talbert y del relato de la llegada del niño, siguieron muchos creyendo que si no era el hijo de lord Hadwynn, lo sería de cualquier otro noble, y cuya esposa, por razones desconocidas se lo confió a los Talbert. Como no deja de ser halagüeña la idea de prestar su auxilio a una condesa o duquesa desvalida, los Talbert, Horacio sobre todo, estaban muy contentos, pero se burlaban de una idea tan absurda. Tal vez fué esta una de las razones que más influyeron en la resolución de Horacio, que al fin cedió a las súplicas de su sobrina, diciéndole con asombro de todos:—Beatriz, si se cierto que tenéis tantos deseos de conservar al niño a vuestro lado durante algún tiempo, será preciso que le busquemos una niñera para que le cuide.

No contestó Beatriz, pero reconocida abrazó a su tío porque había tomado verdadero cariño a su protegido, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Aquel mismo día se dirigió con el niño a Blacktown, y le equipó de nuevo de pies a cabeza figurándosele que todo era poco bonito o bueno para él. Horacio y Herberto, que sabían al céntimo lo que costaba el metro de encaje, de linón o de batista, se admiraron mucho al ver hasta qué extremo la arrastraba su capricho. Muy bien pudo obedecer esta admiración a la molestia que les causó el ver que no se les consultaba para nada, cuando una de las cosas que más les agradaba era ir de tiendas, siendo más que probable que hubiesen arreglado el equipo del niño con tanto gusto como la mujer más entendida. Quedó, sin embargo, a su cargo el cuidado de buscar la niñera, porque si los Talbert tenían un don particular en cuanto se refería al cuidado de una casa, era no menos extraordinaria su habilidad para tomar criadas perfectas, y cuando iban a tomar informes a una casa, las preguntas que hacían eran de las más diestras e insidiosas. No les bastaba la contestación de que la criada era

sobria, honrada y limpia, sino que continuaban interrogando hasta encontrar el lado flaco, no formando en seguida su opinión acerca de si convenía o no tomarla. Más de una pobre muchacha llena de ilusiones que creyó que entrando en casa de dos ricos solterones iba a encontrar ocasiones de pasar el tiempo charlando, trabajando poco, sufrió un cruel desengaño al ver que sus esperanzas se desvanecían como el humo. Otras, en cambio, declaraban que preferían mejor tenérselas que haber con veinte señoras que con dos amos como aquellos. La que se quedaba con la plaza era buena, y toda criada que permanecía un año en Hazlewood podía escoger entre todas las casas de la vecindad, porque haber satisfecho a los Talbert durante tanto tiempo pasaba en las cercanías por el mejor de los certificados. Al cabo, tras numerosas entrevistas con las candidatas, encontraron una joven que reunía todas las condiciones apetecibles. No tenía amigas y no tuvo inconveniente en llevar una toca, invención de los dos hermanos. Perteneía a la iglesia anglicana y prometió que comulgaría cada dos meses y se contentaría con la manteca de Dorset durante el invierno.

El niño misterioso fué en cierto modo adoptado en Hazlewood. Casi en seguida se suscitó una ardua cuestión, la de saber si estaba o no bautizado. Beatriz sostenía que debía estarlo, puesto que iba demasiado bien vestido para que nadie pudiese sospechar que se omitió acto tan importante, y como el reverendo Mordle no insistió para que se adquiriese seguridad, no se verificó ninguna ceremonia bautismal. Después de mucho discutirlo se decidió que el niño se llamaría Enrique.

—Enrique—dijo Horacio—es un nombre excelente en toda posición.

Quedó elegido este nombre y el apellido envuelto en la sombra y en el estado de un enigma que el tiempo o la casualidad se encargarían de resolver. Los vestidos que llevaba el niño la noche de su llegada se doblaron con mucho esmero y guardaron para mayor seguridad en un cofre con la etiqueta o sobre que los acompañaba, para que pudiesen emplearse, si la necesidad lo requiera, como pruebas. De este modo entró Beatriz Clausón en posesión de su juguete ¡juguete! que, en menos de un mes fué el favorito de todos, y hasta los Talbert se avergonzaban al

declarar cuánto se alegraban por haber accedido a los deseos de Beatriz.

Algún tiempo después corrió muy válido el rumor de que habiéndose puesto enfermo el niño con una de esas afecciones propias de la niñez, habían visto a los dos hermanos entregados afanosamente a la lectura de ese interesante libro que se llama *Consejos a las madres*, escrito por el célebre médico, doctor Bull. Pero estoy seguro de que esto no fué más que invención de la maledicencia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

### El gran inventario de Junio

Los más sabios están sujetos a error, y se ha visto a más de una entendida señora echar a perder un pudding poniéndole sal en vez de azúcar. Así no debe verse en el hecho siguiente una prueba de la incapacidad administrativa de los Talbert, pero debo confesar la verdad diciendo que se equivocaron respecto a la niñera. Hasta entonces habían acertado siempre con las cocineras, amas, doncellas y costureras, de modo que el fracaso de esta ocasión no hace cuenta.

Es inútil indicar al detalle los deslices de la joven, bastando a nuestro intento reseñar el más saliente. Un día en que Horacio y Herberto subieron al coche en un paseo vecino, vieron a lo lejos a dos jóvenes, una mujer y un hombre, que se abrazaban con mucho entusiasmo entregándose al parecer a esta ocupación. No les fué posible reconocer a la mujer, pero se convencieron de que formaba parte de la servidumbre, y dieron orden al fiel Whittaker para que se pusiese de guardia en la puerta de servicio y enviase a la presencia de sus amos a la primera persona que entrase.

Como es natural, la delincuente negó, diciendo que se había escapado durante un minuto con intención de echar al correo una carta para su madre enferma, pero para hablar a un hombre ¡abrazarle! nunca en su vida lo había

hecho. Mas, ¡ay! pobre veracidad femenina, en la espalda de su vestido de percal veíase impresa en negro una mano con los cuatro dedos y el pulgar, porque era un ayudante del jardinero al que rindieron sus encantos. Herberto, sentado a la mesa, fué el que hizo este descubrimiento, pues desde su sitio veía la espalda de la joven mientras que Horacio juzgaba su causa, lo que dió lugar a un descaro de la culpable, y a una despedida llevada a cabo con gran dignidad por parte de sus amos, que decidieron tomar una persona de edad más madura y más juiciosa, y comprendiendo que se habían equivocado permitieron a Beatriz que tomase parte en la elección.

Una mañana se presentó una mujer seria y muy pálida, que dijo que habiendo oído que necesitaban una niñera iba a ofrecerse. No pudo presentar ningún certificado, porque hacía años que no servía, pero presentaba informes de personas garantes de su honradez. Su aspecto general agradó a los Talbert, que se quedaron algo indecisos al oír que no salía de otra casa. Horacio la contempló con sus lentes.—No me parecéis desconocida—la dijo,—os he visto en algún lado.

—Sí, señor. Hace seis años que serví en casa del señor Merton, en Cavendish square, a donde ibais con bastante frecuencia.

Era viuda y se llamaba Miller, su lenguaje digno y respetuoso, pero no servil, agradó mucho a los Talbert, que determinaron si podían decidirse a pasar sin informes y a prescindir de interrogatorios y contra interrogatorios a una dueña anterior, pues aquella mujer llenaba por completo sus deseos.

Beatriz no tenía ninguna duda acerca de este particular y cuando a satisfacción general terminaron todas las informaciones posibles, la señora Miller ocupó la vacante de la frágil pecadora cuya escapatoria con el jardinero rebajó un tanto el crédito de la casa. Una joven de cascos ligeros en la casa de unos solterones, es sinónimo de ruina.

La señora Miller era de una especie completamente distinta, y Beatriz la encontró perfecta, muy práctica en sus labores, de carácter dulce, experimentada en las cosas de la vida y muy capaz de desempeñar las funciones de hábil camarera si se presentaba ocasión. Whittaker la apre-

ciaba mucho; era una compañera, tal como la deseó su respetable corazón. El primer interesado en la elección, el pequeño Enrique, se avino tan pronto con ella como con Beatriz. Horacio y Herberto no hallaron en ella nada reprehensible a pesar de la incesante vigilancia que emplearon durante algún tiempo, y pasado éste se convencieron de que habían hecho un descubrimiento importante, el de que gastaba menos jabón que su antecesora,—cuatro pastillas menos,—y empezaron a creer que habían dado con un verdadero tesoro y Herberto dijo:—Y sin embargo da gusto ver al niño por lo limpio que va. No se me puede quitar la idea de la cabeza que esa muchacha se dejaba el jabón en el agua.

Los últimos meses del invierno y los primeros de la primavera se deslizaron tranquilamente en Hazlewood. Los Talbert y su sobrina comieron de vez en cuando con las familias más importantes de la vecindad, y para devolver estos agasajos, convidaron a los otros. El asombro que produjo la llegada del niño, fué borrándose poco a poco. Todos pensaban que el niño era *alguien*; pero nadie podía decir a punto fijo quién, y si la maledicencia hizo su presa en los dos hermanos, éstos continuaron en su beatífica tranquilidad, porque hasta ellos no llegaron los rumores.

La verdad es que lady Bowker les hizo una visita expreso para saber de qué se trataba. Hábiales conocido a los dos desde su más tierna infancia, y esto creyó la daba derecho para obtener informes completos. Los que le han conocido a uno desde muy niño son los que más le molestan luego. Lady Bowker les manifestó que tenía que hablarles de asuntos particulares, y al oírlo Beatriz, los dejó solos en el salón. La buena señora se dirigió entonces a arbores.—Ahora, Horacio y Herberto, vais a hacerme el favor de decirme qué significa todo ese embrollo; ¿quién es ese niño en derredor del cual se mete tanto ruido?

—No creo que nuestra conducta haya dado jamás a nadie motivo para que se ocupen de nosotros—replicó Herberto poniéndose muy serio.

—Es verdad—añadió Horacio aprobando lo que decía su hermano.

—¡Bien! Pero entonces, ¿a qué viene tanto misterio? Francamente, deseamos saber quién es realmente ese niño que llega en medio de la noche... envuelto en pieles... o

en no sé qué, en el furgón de Pickford, según me han dicho.

—Quisiera poderoslo decir, lady Bowker, empero no sabemos ni más ni menos que vos.

—¡Qué tontería, Horacio! Sé que habéis tomado una niñera y que el niño se queda en casa. Entre paréntesis os diré que en todo eso me parece obráis con poca consideración.

—Nosotros no obramos nunca así, querida lady—dijo Horacio.

—No, no obramos así—asintió Herberto.

—Os ruego que me dispenséis. Es una falta de consideración no poner al corriente de un secreto a una persona segura y discreta. Creo que yo podía responder de vuestra conducta.

—No tenemos necesidad de que nadie responda.

—Sí que lo necesitáis, porque está visto que valéis tan poco como los demás—dijo la buena lady Bowker, que empezaba a ponerse nerviosa ante aquella salvaje obstinación.—Además—añadió,—sois inconsiderados con Beatriz. A la semana escasa de hallarse aquí esa señorita, hace su aparición el niño, y todo el mundo dice que no esperabais más que la presencia de una mujer para que tuviese cuidado de él.

—¿De veras dicen eso?—preguntó Horacio quedándose meditando.

—¿Qué queréis que no digan? No soy yo quien lo dice o piensa, porque hace muchos años que os conozco; pero, no obstante opino que tenéis alguna razón para conservar a ese chiquillo. Y no obstante, deberíais manifestar a alguien su verdadero nombre.

—Si no lo sabemos...

—Que sí que lo sabéis. Vamos, decidlo de una vez y sed buenos muchachos.

Los dos hermanos sostuvieron su afirmación, añadiendo que el niño se había quedado accediendo a los deseos de Beatriz, y porque confiaban en que el misterio se pondría en claro, y por último, porque no dejaba de inspirarles cierta compasión el pobre abandonado.

—No creo ni una palabra de lo que me decís—respondió con tono desabrido lady Bowker, poniéndose en pie para marcharse mientras que los Talbert se sonrieron con

mucha calma.—No echéis a nadie en cara si os convertís en el tema de todas las conversaciones, y sois el blanco de la maledicencia—continuó la señora.

Los Talbert volvieron a sonreirse.

—Querida lady, ¿queréis contestar a una pregunta?—dijo Horacio.—¿Continuaréis invitándonos a asistir a vuestras reuniones y comidas?

—Naturalmente.

—¿Y honrando Hazlewood con vuestra presencia?

—Sí, cuando me invitéis.

—Pues bien, si es así, podemos desafiar las hablillas—respondió Horacio cerrando la discusión.

Lady Bowker se marchó muy incomodada, pero más que nunca convencida de que el niño era *alguien*. Lo que resultó de todo esto, fué que la buena señora hizo creer a mucha gente que estaba en el secreto.

—La verdad es—dijo Horacio con triste acento,—que esa buena lady es algunas veces bastante vulgar.

—Así es, en efecto—asintió Herberto.

Fué muy penoso para ellos tener que pronunciar semejante acusación, tratándose de una señora que pertenecía a la aristocracia, pero eran muy concienzudos y decían siempre la verdad, aunque ésta lastimase sus sentimientos. Después de esta escena y con el método que presidía a todas sus operaciones, se pusieron a quitar el polvo a la porcelana de China que adornaba uno de los gabinetes. Eran muy aficionados a coleccionar objetos de esta materia, que consideraban como la más artística producción de la cerámica. Es una hermosa posición la que ocupa el hombre que puede desafiar las hablillas de una aldea como Oakbury; sin embargo de lo que Horacio se incomodaba aumentando su contrariedad a medida que transcurría el tiempo. Creyó siempre que Herberto debía haber hablado, ya que fué el único que se atrevió a rebatirle las objeciones que le hizo acerca de la permanencia ilimitada del niño en Hazlewood house, pero una vez que el asunto estaba arreglado a gusto de todos, su hermano estaba en el caso de confesárselo todo. Fiel a sus principios de la no intervención, no dijo nada que demostrase cuál era el estado de su ánimo hasta el instante en que llegó el gran inventario de Junio.

He aquí, sin embargo, en resumen de lo que se trataba.

Conocemos la exactitud que observaban ambos hermanos en materia de cuentas, y se comprenderá fácilmente que las llevaban con matemática escrupulosidad. Horacio era el pagador y todos los gastos figuraban en su libro de cuentas con una letra muy elegante que merecía destinarse a otro objeto más elevado. Si bien es cierto que no había recurrido al sistema italiano de la teneduría de libros por partida doble, los suyos se podían presentar como modelos de una forma clara, además de que la sangre comercial de toda una raza debía circular por las venas de los Talbert. Si uno de ellos tenía un caballo de raza más que el otro, el gasto figuraba en su cuenta, y si caía enfermo y el médico pasaba la cuenta, iba a la suya personal. Las facturas de los proveedores eran escrupulosamente examinadas y repartido su importe. Al llegar el 30 de Junio, Horacio preparaba un balance justificado del estado de los negocios que comprobaban minuciosamente, firmándolo, y pagando religiosamente las cantidades por que resultaban alcanzados. Era imposible encontrar una conducta más correcta.

El año de que se trata, sin embargo, no pasaron las cosas como siempre, y cuando se sometió a la inspección de Herberto la nota de los gastos abrió desmesuradamente los ojos al ver un *idem* inscrito en la suya.—No comprendo esto—dijo poniendo el dedo en el punto que le parecía obscuro.

Horacio sin mirar sabía de lo que se trataba; había meditado y pensado mucho la cosa antes de inscribir en el libro aquella partida de gastos.—Creo que llevé a vuestra cuenta lo menos posible, según justicia—contestó.

—Pero, ¿por qué figura esa partida en mi cuenta?—preguntó Herberto levantando la cabeza y frunciendo el entrecejo.

He aquí de lo que se trataba: «Salarios de la niñera de Enrique, seis meses, 9 libras esterlinas, 10 chelines. Manutención y sostenimiento de la niñera y el niño durante seis meses, valuada en 27 libras esterlinas y 16 chelines.» Total, 37 libras 6 chelines.

—Creo—dijo lentamente Horacio—que de hecho y dada vuestra actitud en cierta época, me hizo comprender que era muy justo que esa partida pasase a vuestra cuenta.

La cara de Herberto se puso de color de escarlata, sin-

tiendo que se apoderaba de él una ira como no la había experimentado nunca. Sin responder ni una sola palabra cogió una pluma y tachó con un largo rasgo la cuenta en cuestión, dando trabajo a Horacio para una mañana si quería copiar variando los totales. No se cambió ni una palabra respecto a aquel asunto. La muda negación de Herberto decía mucho más que un discurso, pues su hermano sabía que no acostumbraba a discutir la validez de una deuda cuando era justo pagarla. Horacio no trató siquiera de disculparse, pareciéndole que era bastante compensación el haber permitido a Herberto hacer un tachón en su inmaculado libro, y sin duda Herberto pensó lo mismo, porque no volvió a turbarse la paz por este concepto.

A consecuencia de todo esto, Horacio comprendió que quedaba incapacitado para formular ninguna hipótesis acerca de la extraordinaria llegada del niño a su casa, y al mismo tiempo imaginó que había caído en un lazo, que su consentimiento lo dió cuando seguía una pista falsa y precisamente por seguirla. Era muy tarde, sin embargo, para retractarse y cambiar el curso de los acontecimientos. A decir verdad, Horacio Talbert, a pesar de sus modales graves y solemnes, mimaba tanto al chiquitín como Beatriz.

Al poco tiempo de ocurrir todo lo que hemos narrado, el reverendo Silvano Mordle tomó una grande resolución. Desde hacía bastante tiempo no podía ocultársele que los ojos grises y el clásico rostro de la señorita Clausón habían inflamado su corazón.

El gabán eclesiástico, bajo el cual se abrigaba su débil corazón—Silvano era ortodoxo al menos en su vestimenta—hubiera podido ser de papel por el débil auxilio que prestó a aquel a quien cobijaba. Hasta entonces no había encontrado a la mujer con la que soñara, porque ni un momento asoció en su pensamiento el celibato al estado clerical (1). Rechazaba esas doctrinas inhumanas como deben serlo por todos los que siguen con reconocimiento las del valiente, austero y verdaderamente humano refor-

(1) El lector debe tener presente que se trata de un ministro de la iglesia anglicana, a la cual pertenecen los personajes de esta novela.

mador que se atrevió a proclamar en voz alta la santidad del matrimonio, y declaró que las puras alegrías de la familia no son un lujo superfluo.

Al cabo de un mes de permanecer Beatriz en Hazlewood comprendió el pastor que se aproximaba una crisis decisiva en su vida, y se golpeó alegremente el pecho diciéndose que muy cerca de él se hallaba un alma gemela de la suya. Hasta llegar a este punto todo era satisfactorio, pero feliz o desgraciadamente, en todos los contratos median dos partes, dos lados en todos los setos o vallas, y al reverendo le pareció que la que le separaba de la hija del baronet era bastante alta.

Sin embargo, como era un hombre valeroso y de corazón, intentó escalarla o romperla, siendo ya llegada la época en que se decidiese a obrar de una manera cualquiera, pero la costumbre que adquiriera de mostrarse siempre alegre empezaba a pesarle de una manera horrible. Ocurríale a veces que había momentos en su vida que se sentía dominado por la tentación de irse a cualquier desierto rincón para suspirar libremente bajo las añosas encinas de su parroquia y otros en que hubiera huído en pleno sermón abandonando a su auditorio para irse a meditar a la luz de la luna, como suelen hacerlo los enamorados a los que domina la incertidumbre.

¡Todo eso en honor de los ojos grises y del recto perfil de la señorita Clausón! El reverendo Silvano Mordle se encontraba en verdad en una posición muy triste, comprendiendo que no descansaría tranquilo hasta tanto que su amor triunfase o fuese rechazado definitivamente. Un domingo por la tarde pronunció un elocuente sermón muy animado y lleno de metáforas y frases de efecto con el que trató de convencer a sus oyentes de la necesidad que tiene el hombre de escoger una compañera. Al hablar lo hizo con el pensamiento de alentarse a sí mismo, pero el efecto inmediato producido sobre su rebaño fué el de que al domingo siguiente se publicaran las amonestaciones de tres casamientos. Como se ve, fué un sermón convincente.

El lunes montó en su triciclo y después de haber recorrido la parroquia se lanzó sobre sus ruedas temblorosas en dirección de Hazlewood house.

Era en verdad un espectáculo extraño el que ofrecía

Silvano montado sobre un triciclo, y al principio sirvió para consternar a todos los habitantes de Oakbury. Ver a un clergyman, con su larga levita negra y sombrero de anchas alas, moviendo de un modo vigoroso las piernas con una velocidad de diez millas por hora, fué para aquellas gentes el colmo de la excentricidad y el trastorno de todas las tradiciones, y el uno llevando al otro se pusieron en marcha para Hazlewood en una hermosa tarde de Julio. Su popularidad fué la que le salvó y, como muchas invenciones útiles, el triciclo venció todas las preocupaciones.

Los hermanos Talbert se habían ido a Blacktown, Beatriz se había quedado y hallábase en el jardín. Silvano dejó a un lado su máquina y se puso en marcha para saber qué destino le reservaba la suerte. ¡Pobre joven! Al atravesar el jardín sus labios temblorosos murmuraron ardiente plegaria, pareciéndole que debía abrigar pocas esperanzas y que se iba a confesar antes de resignarse a arriar para siempre su bandera. La tarde era calurosa, y Beatriz sentada a la sombra de un sicomoro, teniendo en su mano un libro, ofreció a la vista del clergyman un cuadro encantador de paradisíaca tranquilidad. Miller, la niñera, se hallaba a alguna distancia con el niño sobre sus rodillas. Beatriz sonrió al acercarse.

Silvano habría dado la mitad de su sangre por ver que la joven inclinaba la vista, o que en sus mejillas frescas y blancas aparecía un ligero rubor.

Pasados los primeros cumplimientos aproximó un asiento de los dispersados por el jardín y se sentó al lado de Beatriz con la que durante algún tiempo habló de cosas indiferentes, hasta que Mordle resolvió acabar de una vez con sus vacilaciones.

—Quisiera hablaros particularmente, señorita Clausón, ¿queréis que nos vayamos a la casa o al jardín?

Beatriz se sorprendió, tal vez se turbó algo.

—Podemos hablar aquí—contestó haciendo una señal a la niñera para que se fuese a la casa con el niño, y antes de que se lo llevasen le abrazó con mucha ternura.

—¿Queréis mucho a ese niño?—preguntó Silvano.

—Bastante—dijo Beatriz y después de responder esto se volvió para mirarle como diciendo que esperaba manifestase lo que tenía que decirle.

Imaginó Mordle que todo estaba perdido, o mejor aún,

que nunca había tenido nada que perder respecto a este particular, pero a pesar de todo determinó ir hasta el fin. —Señorita Clausón, Beatriz—dijo,—vine para preguntaros si podríais amarme, si consentiríais en casaros conmigo.

Beatriz no respondió, y Silvano se creyó que la oía suspirar, mas este suspiro no le infundió ninguna esperanza.

—No tengo necesidad de deciros cuánto os amo; debéis haberlo observado en mi manera de obrar.

—Lo temía—contestó Beatriz muy pensativa.

—Sí, eso ha sido y será siempre. Ahora mismo, en este instante en que os hablo, no espero nada absolutamente, pero al menos sabréis que os amo.

La voz de Mordle era tan apasionada, su acento tan profundo, que Beatriz apenas la reconocía. Miró a la joven y vió que ésta bajaba la cabeza y que, a pesar suyo, de sus ojos escapábanse algunas lágrimas. —¿Queréis responderme? No os insulto hablándoos de riqueza o de posición—dijo con infinita ternura,—¿amáis a alguien?, no os apuréis por eso; a pesar de todo el mundo os casaréis con aquel a quien estiméis.

Estremeciése Beatriz, contrájose su boca, y durante un segundo, un pensamiento de indecible alegría acudió a la mente del suplicante, pero esto no tuvo más duración que la de un relámpago.—¿Os juzgué bien?—preguntó.

—Así lo creo, señor Mordle; ¡qué pena más grande me da todo esto!

Su acento no permitía duda alguna acerca de la sinceridad de su pesar, y Mordle no pudo ofenderse porque Beatriz lo expresó de una manera digna. Así recibió su sentencia con resolución como deben los hombres mostrarse en la adversidad y se puso en pie. Estaba muy pálido, porque el color del rostro no depende de la voluntad, pero dominaba por completo sus gestos y palabras.

—¿Seremos aún amigos?—preguntó con ese tono seco y cortado que recordaba en lo posible la vivacidad peculiar en él.

—Si así lo deseáis—contestó con mucha dulzura, casi con humildad, Beatriz.

—Sí, lo deseo; y a propósito, ¿tenéis deseos de que pase unas alegres vacaciones? Me marcho la semana que viene a Francia, Suiza, las orillas del Rhin, no sé a dónde.

Beatriz apoyó la mano en el brazo de Mordle, y le dijo:  
—Os lo ruego, por favor no me habléis de ese modo,  
que me hacéis sufrir mucho.

—¡Sufrir!

—Sí; ¿creéis que no es penoso para una mujer tener que rechazar el amor de un hombre honrado y digno como lo sois vos? ¿Creéis que viéndole marchar se imagina que va a olvidarla en seguida? ¡No tengo que echarme nada en cara, señor Mordle, y soy muy desgraciada!

Mordle la cogió la mano.—No tenéis que reprocharos de nada. Estuve loco al hablaros así, no temáis nada, seré fuerte. En verdad que debía emprender un viaje la semana próxima, pero... a menos que ¡no sé lo que haré! A mi vez, si no me curo de la locura, puedo aseguraros que no encontraréis en mí el menor sintoma de ella. ¡Adiós!

Mordle se alejó, y aun en medio de su desolación, se le ocurrió pensar que no se había portado del todo mal. A lo menos tenía la satisfacción de saber que había quedado muy por cima de su lacrimoso nombre delante de Beatriz.

Tan trastornado estaba, que salió del jardín y empezó su caminata sin acordarse de su velocípedo, y tuvo que desandar lo andado para buscar sus medios artificiales de locomoción. Vió que este era un incidente deplorable, porque al dirigirse de nuevo hacia la casa, percibió a Beatriz que en pie y pensativa fijaba su mirada en el espacio. A pesar de esto, montó en su *caballo de hierro* y se alejó a gran velocidad.

Siguiendo las reglas del arte literario, me parece que un amante desdeñado debe, dado caso de que sea caballero (y tenga caballo), hundir las espuelas en los ijares de éste y huir a galope desenfrenado, no importa en qué dirección. Si, por el contrario, es de a pie, debe echar a correr con furia, a menos que o prefiera alejarse con paso comedido y digno, o lo haga lentamente con estudiado abatimiento.

La manera de alejarse del reverendo Silvano Mordle pudo considerarse como una brusca invasión de la comedia en los sombríos dominios de lo trágico. Por esto, sin duda, en la vida real, se ofrece siempre a nuestros ojos bajo este aspecto, pero combinado y sólo en las novelas, suelen verse separados y lo que escribo no es una novela.

## VIII

### La señora Miller pide permiso

La respetable viuda que se encargó de prestar sus cuidados a Enrique continuó en el desempeño de su misión a satisfacción de todos, a pesar de su falta de certificados, ocupando decorosamente el puesto que dejó vacante la joven de ligeras costumbres que con las suyas tanto trastornó a Hazlewood.

Es indudable que si una escoba nueva barre siempre bien, otra que haya servido durante algún tiempo puede aún prestar buenos servicios. Miller, la niñera, era, por otra parte, una de esas escobas que levantan poco polvo. De rostro pálido, rasgos pronunciados, enjutas mejillas casi huesosas, nariz aguileña, animaban su cara unos ojos sombríos que brillaban algunas veces con un fulgor extraño, a la vez que su boca y su barba indicaban un carácter enérgico y decidido. A despecho de los modales tranquilos y reposados con que se entregaba a su tarea diaria, se comprendía al observar su pálida fisonomía que aquella mujer poseía un temperamento nervioso, y que su calma era el resultado de muchísimos años de imperio sobre sí misma, y que sin esa boca y esa barba la verdadera naturaleza de la Miller se hubiera revelado con mucha frecuencia. Era tan delgada que, envuelta constantemente en su traje negro, tenía un aspecto casi ascético; aquella mujer tan delgada carecía de atractivo para los hombres.

Al jardinero, al que habían dirigido una severa filípica, pero no despedido, debió parecerle que no era una felicidad para él semejante cambio de personas, y dudó mucho que con la mejor voluntad del mundo hubiese un solo criado en casa de los Talbert que se sintiese tentado a pasar los brazos alrededor del talle de la Miller. No obstan-

te, sus amos, Beatriz, el niño, y sobre todo Whittaker, la apreciaban en su justo valor.

La amistad de este último no dejaba de tener gran valor, pues por sus largos servicios y más que nada por su excelente reputación, ejerció siempre en la repostería, que era donde se reunían los criados, indiscutible autoridad. La nueva niñera reunía para él todas las condiciones de la buena sirvienta tal y conforme él la soñara. La trataba con mucho respeto, y ni en palabras ni en acciones ridiculizaba nunca a sus amos, cosa muy común entre la servidumbre de Hazlewood. El único reproche que Whittaker la podía hacer se refería a sus sentimientos religiosos. Whittaker era un muchacho listo y en sus horas de descanso trataba de perfeccionar su inteligencia, gustándole sobre manera la lectura de las obras de teología de la época antigua, que consideran las cosas bajo un solo aspecto.

Todo el mundo sabe que agrada a la humanidad imponer a los demás sus creencias, y era más que natural que el ayuda de cámara aprovechase una ocasión para enterarse de cuáles eran los principios religiosos de la niñera Miller.

Esto se verificó un día en que Miller fué a la repostería para cumplir alguna orden que la habían dado, era un lunes, y Whittaker empezó haciendo comentarios sobre el sermón predicado la víspera por el señor Mordle, sin figurarse que sus palabras iban a levantar una tempestad, y que, por una casualidad, había dado con el medio de convertir en fanática exaltada, a aquella mujer de aspecto impasible, bastando una sola chispa para prender fuego en aquella alma.

Miller se olvidó de lo que iba a buscar para contestar al ayuda de cámara con un ardor de que nadie la hubiera creído capaz, entablando una discusión religiosa, en la que habló de todo con el fanático arranque que manifiestan algunos calvinistas al sostener sus doctrinas. Whittaker se quedó con la boca abierta ante su adversaria, porque las lecturas a que con tanta frecuencia se entregaba no le presentaban las cuestiones más que bajo un solo aspecto, no facilitándole argumentos que le sirviesen de armas para rechazar tan violentos ataques. Lo único que hizo fué inclinar la cabeza y suspirar, pensando que le inspiraba lástima el estado de espíritu de la Miller, y al hacer esto se

diferenciaba muy poco de la mayor parte de esos doctores que andan por el mundo pretendiendo enseñar la verdad a los hombres.

De pronto, y cual si recordase dónde se hallaba la Miller, se calmó, pero haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad. Llegó hasta el extremo de pedir perdón a Whittaker, rogándole que lo olvidase todo, y se marchó.

El ayuda de cámara, que tenía elevada idea acerca de los deberes que le imponía su conciencia, pensó desde luego avisar a sus amos acerca de las opiniones de la niñera en materias religiosas. Esta conducta parecióle poco leal tratándose de aquella mujer, que dejando a un lado estas consideraciones, iba a la iglesia con tanta regularidad como los demás criados. Decidióse a no hablar nada de este asunto a sus amos, pero un día que encontró al señor Mordle en la aldea, le paró, y en términos muy respetuosos le reveló las extrañas ideas religiosas de la Miller. Por presuntuosas que parezca esta conducta, no tiene nada de particular, teniendo en cuenta que — preciso es decirlo — la ilusión más acariciada por Whittaker consistía en creer que habría sido un perfecto clergyman si la suerte no le hubiese convertido en un mayordomo, y no puede dudarse de que habría desempeñado sus funciones de la manera más digna.

— ¡Ah! ¡El calvinismo! ¡Lúgubre religión! ¡La más descarnada de todas las religiones! — exclamó el ministro, y se mostró poco expresivo con Whittaker. Siempre le pareció el anciano criado muy presuntuoso y algo petulante.

— ¿Queréis verla y hablarla, señor? — preguntó respetuosamente el ayuda de cámara.

— De ningún modo — respondió el ministro. — Los calvinistas son incurables, pero para satisfacer vuestros deseos, señor Whittaker, el domingo predicaré un sermón sobre ese tema.

Es de presumir que la Miller no molestase a Beatriz con la austeridad de su calvinismo, porque esta última apreciaba mucho a la nueva niñera creyéndola muy apta para desempeñar sus funciones. A decir verdad, la Miller parecía cada día más adicta a la señorita Clausón. Nada la hacía tan feliz como encargarse de cualquier servicio personal de ella reclamado por ésta. Cuando pasaba la joven por delante de la Miller, los ojos de ésta seguíanla largo rato

con una mirada que tenía la expresión de la de un perro fiel. Por su parte Bearriz la trataba con una consideración y deferencia que nunca mostraron igual los que con más amabilidad hayan tratado a sus criados.

En las reuniones de la repostería solía decirse que la Miller con su aire de gatita mansa había conseguido apoderarse por completo de la confianza de la señorita Clausón. Fuese o no cierto lo que los envidiosos decían, las cosas siguieron tranquilamente su curso en Hazlewood house, siendo tal vez este buen orden en todos los asuntos lo que impulsó a la niñera a pedir permiso para ausentarse durante doce horas.

Al día siguiente de aquel en que Mordle quemó sus naves y en el momento en que Horacio y Herberto daban un paseo de inspección por el jardín, vieron al rubillo Enrique al cuidado de la doncella. Era esta una infracción de todas las reglas que no podía tolerarse, y preguntando la causa, averiguaron que la Miller había obtenido un permiso para ausentarse. Como es natural, no dijeron nada, pero enteraron a Beatriz de lo ocurrido.—Sí—respondió ésta,—la di licencia para que saliese hoy.

Los Talbert estaban demasiado bien educados para reprender a su sobrina, a la que bastó observar que ambos fruncían el entrecejo para comprender que estaban incomodados. ¡Beatriz dando permiso para ausentarse a una de las criadas había cometido una falta muy grave!

—¿A dónde ha ido?—preguntó Herberto queriendo adquirir la seguridad de que sus criados empleaban el tiempo de un modo conveniente.

—Creo que se fué a Londres—respondió Beatriz con mucha indiferencia.

Interin sucedía esto, he aquí de qué manera empleó su tiempo la Miller.

Levantóse muy temprano y se salió a la carretera para tomar asiento en la diligencia que pasaba por cerca de la quinta, y que a la hora conveniente la dejó en la estación de Blacktown.

En ésta adquirió un billete para ir a Weymouth, y a las once llegaba a esta población, a cuyo pie se extiende una de las playas más a la moda. Se comprendía que no había

ido allí para pasar algunas horas a la orilla del mar, porque en vez de irse directamente a la terraza llena de gente bulliciosa y alegre, sentóse en un rincón de la sala de espera, en donde permaneció más de una hora, al cabo de la cual subió a otro tren que se deslizaba sobre una línea de rieles, bordeando casi siempre entre el mar y unos montones de guijarros mientras que al frente se elevaban altos y escarpados acantilados, a cuyo pie debía parar el tren.

La Miller no fijó su atención en el paisaje, y salió de la estación con su paso ordinario, muy mesurado.

El día era muy caluroso y los rayos del sol herían de plano aquella isla, o pretendida isla, de aspecto árido, desnuda, sin árboles ni sombra. El traje negro de la niñera no parecía el más a propósito para subir hasta lo alto de aquellos acantilados de calcárea que se elevaban ante ella. No tiene nada de particular que al observar esto se dirigiese a un lugar en que estaban estacionados algunos carruajes. Los dos o tres *cabs* disponibles eran unas máquinas destartadas y viejísimas, pero tenían en cambio unos caballos vigorosos, ¡y se necesitaba que lo fuesen para resistir al trabajo en un país tan abrupto!

Miller se convino con uno de los cocheros y tomó asiento en el poco aseado vehículo, y al poco rato cruzaba la pequeña aldea grisienta, cuyas casas empiezan al pie de la colina y suben con ella hasta una altura considerable. El caballo escaló con mucho trabajo una áspera pendiente, hasta que llegó a un sitio desde el cual la Miller pudo contemplar casi bajo sus pies las casas ante las cuales acababa de pasar. Luego siguió la revuelta del camino, continuado por una planicie, después otra nueva revuelta seguida de una cuesta, y así, a continuación, formando zig-zag hasta llegar a la plataforma que domina a Port-Island. Esto debió alegrar mucho al caballo y a la que arrastraba tras sí, porque aun permitiendo que ésta poseyese unos nervios de un vigor normal, no debió parecerla muy agradable aquella ascensión por caminos labrados a pico, y cuya pendiente tenía mucha semejanza por lo recta con el muro de una casa.

Un poco antes de llegar a la cúspide de la montaña, el carruaje se cruzó con algunas cuadrillas de trabajadores ocupados a lo largo del camino, que, a poca distancia, no se diferenciaban mucho de los trabajadores ordinarios,

pero examinándolos de cerca se observa que, en su mayor parte, usaban un chaquetón amarillo muy obscuro cubierto con una blusa sin mangas y de una tela ligera. En esta blusa y en distintos sitios veíase marcada la flecha del gobierno. Todos llevaban polainas y un casquete de forma extraña que les cubría por completo el pelo. De vez en cuando alguno de ellos movía la pierna con cierta dificultad como si un obstáculo, que de buena gana hubieran arrojado lejos, le impidiese desarrollar toda la elasticidad natural. Algunos chaquetones azules alternaban con los amarillos. En suma, que estos trajes, aunque fuesen muy cómodos, no parecían ser de esos que el hombre se pone por su gusto teniendo la libertad de la elección.

Estos trabajadores se ocupaban en pasarse unos a otros de mano en mano montones de hierba, entregándose a este trabajo con aire indiferente y aburrido, a despecho de la vigilancia que ejercían sobre ellos dos hombres vestidos con uniforme obscuro con botones de metal dorado—juicio de autoridad—llevando al hombro la carahina y en ésta calada la bayoneta. A lo lejos divisábanse otros grupos de trabajadores con la misma librea, ocupados en las canteras en cavar, amontonar y acarrear en carretillas el producto de su trabajo, haciendo todo lo necesario para extraer de la tierra el famoso cemento de Portland.

Dejando a la espalda numerosos centinelas y recorriendo durante algún tiempo la planicie, pasó el coche de la señora Miller por bajo de un elevado muro sostenido por amplios contrafuertes. Siguió esta dirección unos cuantos minutos, dió la vuelta a la esquina, a la mano derecha, y se detuvo ante una imponente fachada formada por talladas piedras grises, en el frontispicio de cuya puerta se veía un enorme escudo con las armas reales de Inglaterra. Esta era la entrada de las prisiones de su majestad en Portland.

Perpendicularmente al camino se veía el jardín del gobernador, exuberante de olorosas flores cual un oasis en medio del árido desierto. Esto no tiene nada de particular, porque si aquellos a los que el deber obliga a vivir en la cima de Portland no tuviesen esa compensación, es más que probable que se volvieran locos dada la monotonía del paisaje. La Miller no se fijó siquiera en las platabandas ornadas de flores de brillantes colores, y bajando

del carruaje ordenó al cochero que la esperase, penetrando luego resueltamente por la puerta de las prisiones. Sabía al encuentro un robusto vigilante cuya gorra galonada de oro indicaba que desempeñaba elevado cargo en la cárcel y la acompañó a una antecámara situada al lado de la puerta, y la suplicó le manifestase qué deseaba. La señora Miller le dió las gracias respondiéndole quería ver a un convicto (1) llamado Mauricio Hervey. Como a los reclusos sólo pueden verlos sus familias, una vez cada seis meses, el vigilante meneó la cabeza con aire de duda. No obstante, como la Miller tenía todo el aspecto de una persona respetable, la contestó rogándole se sentase interintha a consultarlo con el gobernador, y dicho esto se alejó.

Así permaneció durante algún tiempo esperando en aquella destaralada sala, cuyo único adorno lo constituían unos carteles impresos advirtiendo a los viajeros que no entregasen dinero a los guardias, pero que si desearan dar algo lo depositasen en los cepillos colgados para el caso en las paredes para emplearlo en obsequio de los convictos o presidiarios licenciados, y de las escuelas de empleados. Al cabo volvió el vigilante para decir a la Miller, que no habiendo recibido aquel convicto ninguna visita desde hacía muchos meses, se le llamaría en cuanto volviese del campo y se le autorizaría para recibirla, si así lo deseaba. La preguntó su nombre, que la niñera escribió en un pedazo de papel que entregó al vigilante, hecho lo cual esperó pacientemente.

Pasado un buen rato oyóse el rumor del paso mesurado de un grupo numeroso; eran los convictos que se dirigían a las prisiones a comer. Cuando el ruido se fué alejando, el vigilante rogó a la señora Miller que le siguiese, no llevándole a una celda, y al otro lado otra exactamente igual a ésta, y enfrente de ella, con una puerta en el fondo y entre las dos un espacio estrecho a manera de corre-

(1) Presidiario.

dor provisto también de una puerta, y en cuyo centro había un asiento. Abrióse la puerta del centro para dejar paso a un vigilante que se colocó entre las dos rejas, tomando asiento en un banquillo, mientras que por la puerta de la segunda celda entraba un convicto vestido de azul, que se acercó a la reja saludando con indiferencia a la visita.

Por regla general, cuando una mujer visita a un recluso suele haber llantos y lamentaciones, a través de las rejas se extienden las manos, y si los dos individuos son de estatura regular, pueden tocarse la punta de los dedos. Esto consuela algo y vale más que nada.

Antes, ningún espacio separaba a los amigos en el locutorio, y podían besarse a través de las rejas, pero se descubrió que muchas veces el beso de la visita servía para depositar en la boca del preso medio soberano. Esto, que constituía una acción caritativa, pero que al ser observada sólo producía disgustos al que era objeto de ella, privándole de las buenas notas y prolongando su estancia en el establecimiento penitenciario, hizo que se ordenase la construcción de ese corredor ancho de cinco pies para separar el público de los presos.

Entre los personajes que acabamos de mencionar, no hubo ni sollozos, ni manos tendidas; al contrario, casi diré que fué con una expresión iracunda, casi rayana del odio, con que la Miller contempló al ser cautivo que se hallaba enfrente de ella. Y, no obstante, a pesar de su rostro completamente afeitado y traje horrible, el convicto no tenía una fisonomía desagradable, sino que los rasgos de éste eran regulares y hasta distinguidos. Su estatura excedía de la mediana, ancho de hombros, su aspecto era el de un hombre robusto y bien formado. Poseía, además, una hermosa dentadura, y sus manos, por más que estuviesen callosas y ennegrecidas por una labor ruda y pesada, no eran las de un hombre que se entregó desde muy niño a un trabajo manual.

Los ojos del convicto tenían una expresión astuta y cruel, pero esto muy bien podía ser una consecuencia de su permanencia en el presidio, porque la Miller observó esto mismo en los ojos de los otros presidiarios que trabajaban a lo largo del camino. Contempló al convicto a través de la verja y del mismo modo lo hizo aquél, en tanto que el vigilante permanecía sentado entre ambos con un

aire de sublime indiferencia, sin que nadie rompiese al silencio.

El convicto fué el primero que habló.—¡Oh! ¿Conque es verdad que sois vos la que viene a verme?—dijo.

—Sí, yo soy—respondió la Miller.

—Y bien, ¿qué deseáis? ¿saber cómo me prueba?

El convicto hablaba con acento indiferente y la Miller le dirigió una despreciativa mirada.

—¡Oh! Esto me sienta admirablemente. Físicamente soy el doble de lo que era cuando llegué. Costumbres metódicas, comida metódica, trabajo metódico. Mi constitución se restableció. No hay peligro de que me muera antes de cumplir mi tiempo.

—No, mucho lo temo—contestó la señora Miller.

La niñera de Enrique dijo estas palabras con tan profunda amargura, que el vigilante, que hasta entonces permaneciera en una actitud completamente pasiva, no pudo menos de levantar la cabeza y mirarla, preguntándose qué clase de amigas iban a visitar al presidio. La expresión de la fisonomía de éste cambió y envió a la niñera una mirada tan rencorosa como la que ésta le lanzara momentos antes.

—¿Podéis decirme cuándo termina vuestro tiempo?—preguntó secamente, y dirigiéndose al vigilante añadió:—¿Queréis hacerme vos el favor de decírmelo?

—Con exactitud no puedo decíroslo—respondió el vigilante,—pero como viste chaquetón azul, desde luego puedo aseguraros que este es el último año.

La Miller se estremeció con violencia, y a pesar suyo, sus manos crispadas apretaron con fuerza los barrotes de la verja.—Deseo saber—dijo dirigiéndose esta vez al convicto—qué es lo que pensáis hacer cuando cumpláis vuestra condena. Este es el objeto de mi visita.

El presidiario se quedó mirándola con aire burlón e indiferente y contestó:—No he pensado aún en ello, sólo me anima la parte de alegría que recibiré estrechando entre mis brazos a mi querida esposa.

La mirada de la Miller centelleó, y apoyando la cara entre los hierros de la verja, y fijándose en la afeitada cara del que se hallaba en su presencia, le preguntó:—¿Cuánto dinero queréis?

El presidiario se encogió de hombros con completa in-

diferencia.—El dinero me importa muy poco; lo que deseo antes es gozar de la felicidad conyugal.

La señora Miller se volvió y se puso a pasear por la estrecha celda.

El vigilante se interesaba cada vez más en la entrevista, no teniendo esto nada de particular, porque las verificadas entre los presidiarios y sus familias o amigos, solían ser muy monótonas y comprendió que la conversación no era de las ordinarias, y que la mujer parecía haberse olvidado de su presencia, pues pateó, y volviéndose con furia hacia el preso:—¡Escuchadme!—le dijo.—¿Queréis marcharos a América, a Australia, no nos importa a dónde? Se buscará dinero para ello.

—No, por cierto—contestó el convicto con mucha finura.—Aparte, señor vigilante,—añadió dirigiéndose a éste con un aire de falsa deferencia,—de que creo que al salir de aquí tengo la obligación de presentarme todas las semanas a la policía, lo que parece constituye una condición *sine qua non*.

El vigilante inclinó afirmativamente la cabeza.

—¡Dios nos ampare!—murmuró la niñera.

Y dirigiéndose al preso le preguntó:

—¿Nos haréis saber el día en que salís?

—¡Oh! Sí, sí, no tenéis cuidado, lo sabréis en seguida. Tened por seguro que seréis una de las primeras personas que ire a ver. Ahora, si no tenéis nada que decirme, os suplico que me deis permiso para irme a comer, pues por muy delicada y abundante que sea la pitanza, deseo comerla caliente mejor que fría.

El vigilante no pudo impedir que a sus labios asomase una sonrisa, pues el tiempo fijado para cada entrevista no había transcurrido aún. Al funcionario le pareció cosa tan extraña y nueva que un convicto rehusara usar libremente de sus privilegios, que dirigió una mirada interrogadora a la señora Miller.—¿No tenéis nada más que decir?—la preguntó.

—No—respondió, ésta con acento sombrío.

El presidiario hizo un saludo muy cortés, propio de una persona bien educada, mientras que la niñera le volvía la espalda para dirigirse a su celda. La Miller entró otra vez en la sala de espera en la que encontró al amable funcionario que vió al llegar al presidio. Contestando a sus pre-

guntas la indicó a dónde podría dirigirse para obtener las noticias que deseaba, y habiéndolo hecho, supo que si el presidiario número 1080 continuaba portándose como hasta entonces, obtendría todos los días el máximo de ocho buenas notas, recibiendo su licencia antes de ocho meses.

—¿Qué será de él en este instante? ¿Le pondréis sencillamente en la puerta diciéndole que se puede marchar, a donde se le antoje?

El funcionario respondió sonriendo:—¡Oh! De ningún modo, señora, se pregunta al que se le va a dar la licencia que si tiene algún amigo que pueda recibirle en su casa o a qué sitio piensa dirigirse, y se le paga el viaje hasta allí, proporcionándole un traje y algún dinero, y después él se ha de buscar la vida.

La Miller quedó pensativa durante unos cuantos minutos.—¿Podréis decirme—preguntó,—si hay aquí alguna persona a la que pueda escribir para que se sirva indicarme el día de su salida?

—Sí, por cierto; si sois una parienta a una amiga que desea saber noticias de ese hombre, podéis dirigiros al gobernador, que es casi seguro que os contestará.

—Gracias—contestó la señora Miller, recogiendo las faldas y saliendo del presidio.

Su coche la llevó de nuevo a la estación, y como el tren de Weymouth no pasaba a aquella hora, se encaminó hacia la cima de Chesil Beach, se sentó y se entretuvo contemplando el mar. Su cuerpo estaba inmóvil, pero sus labios se movían, oraba, rogando al cielo que sacase de este mundo a cierto convicto antes de que entrase en posesión de su libertad. Era esta, en verdad, una súplica extraña por parte de una mujer religiosa, pero bien considerado se parecía mucho a las preces que elevan a Dios dos ejércitos enemigos antes de trabar encarnizada lucha. Partió para Weymouth, en donde tomó algún alimento, del que estaba muy necesitada, y no sé cómo fué que equivocó la hora y no alcanzó el tren siguiente. La consecuencia de este error fué que daban las once cuando franqueaba los umbrales de Hazlewood, siendo así que la regla de esta casa prescribía que ningún criado podía hallarse fuera de ella después de las nueve y media, y mucho menos levantado dadas las diez y media, a no ser que lo exigiese la presentación de alguna visita. Sus amos la estaban esperando y

la llamaron. Miller les manifestó que no había podido alcanzar el tren.

—¿Qué tren?—preguntó Horacio.

—El de Weymouth, señor.

—La señorita dijo que fuisteis a Londres.

—La señorita Beatriz se equivocó, señor.

A Horacio le chocó mucho la idea de que alguien que ejerciese una autoridad, aunque inferior, pudiese equivocarse, así que replicó con acento severo:—Desearía, señora Miller, que esto no se repitiese más. Y además que la primera vez que tengáis que pedirnos permiso, nos hagáis el favor de hablarnos como lo hicisteis con la señorita.—Tenemos voz y voto en el capítulo acerca de esas materias—añadió Herberto, y la Miller saludó y salió del salón.—Es una mujer de carácter extraño—añadió Horacio,—y más de una vez me pregunté si hacíamos bien recibíendola sin que nos presentase ningún certificado.

## IX

### Conclusiones precipitadas

Mordle emprendió su viaje a la semana siguiente llevándose su pesar y la varonil resolución de hacer lo posible para dejarlo abandonado en la cima de Montblanch o de Matterhon o sumergido en el lago Mayor, o dejar que lo arrastrasen las aguas del Rhin. Antes de cerrar su última maleta, cumplió lo que el sentimiento del honor le hacía considerar como un deber, y se dirigió a casa de los hermanos Talbert para darles cuenta de lo ocurrido con Beatriz. Aquel día los dos hermanos se hallaban muy ocupados embotellando un barril de vino de Jerez, operación a que se dedicaban con gran entusiasmo, habiendo descubierto que comprando el vino por barricas realizaban considerables economías. Esto aparte de que la operación de embotellar un vino generoso es de esas tan importantes como alegres, en que un duque no se sentiría avergonzado

de que le sorprendiesen en ella. A esto se debió el que cuando ambos supieron que acababa de llegar el señor Mordle y que deseaba verlos, le mandasen recado para que bajase a la bodega.

El ministro bajó a la cueva, que no era uno de los sitios peores en aquel tiempo tan caluroso, y encontró a Horacio sentado en una silla baja, con sus dos piernas tendidas a lo largo del barril en una actitud que recordaba la de Baco, acostado y llenando las botellas con el dorado líquido, mientras que su hermano se dedicaba a la no menos delicada operación de encorcharlas después de una porción de preparaciones prolijas y concienzudas. A medida que se iba llenando cada botella y colocándola en su sitio, hacía Horacio una señal con un yeso en una tabla, y a cada cuatro otra especial con el objeto de que fuese más fácil comprobar el total. Todas estas operaciones se realizaban con un sentido práctico tan grande que honraba mucho a los dos hermanos. Con innegable cortesía recibieron éstos a Mordle, abandonando el trabajo tan luego como le vieron. Horacio cerró la espita dejando una botella a medio llenar, y Herberto se separó de la máquina en que estaba encorchando otra llena, rogando al mismo tiempo al visitador que les dispensase si le recibían en aquellas regiones subterráneas. A pesar de sus delantales blancos cortados por el modelo de los que usaban los criados, Herberto y Horacio conservaban el aspecto de lo que eran, de dos caballeros perfectamente educados.

—¿Sabéis que me marcho pasado mañana?—dijo el pastor con acento nervioso.

—Sí, y os deseamos un feliz viaje.

—Gracias. Espero divertirme mucho, pero antes de marcharme quisiera deciros alguna cosa.

Rogáronle que hablase, creyendo que se trataba de algún asunto de la parroquia.

—¿Queréis hacerme el favor de quitaros durante un momento vuestros delantales? Lo que tengo que deciros pertenece a un orden de ideas que se aviene poco con ese traje.

Mordle era una persona privilegiada, y los dos hermanos no habrían tolerado a nadie un lenguaje tan franco, y además, en la manera de expresarse que empleó, se comprendía que tenía que comunicarles algo importante. Sin